

Commemoración del Sesquicentenario de la emancipación helénica

(25 de marzo de 1821)

Gabriel Mustakis

Cónsul General y Consejero Cultural de la Embajada de Grecia

La nación helénica dedicó todo el año 1971 a conmemorar los 150 años transcurridos desde la Revolución de 1821, acontecimiento glorioso que marcó el inicio de una nueva etapa de la vida histórica de los helenos, tan llena siempre de luchas, de vicisitudes de toda índole, pero plena también de realizaciones y de esperanzas en el porvenir.

En esta celebración participaron con idéntico entusiasmo y fervor todos los griegos, lo mismo los que habitan en el suelo de la Madre Patria, como aquellos que han establecido sus hogares en tantos países amigos, a cuya prosperidad dedican su talento y sus mejores energías.

Esta conmemoración reviste para los hijos de Grecia un sentido singular, que no alcanza ninguna otra de las innumerables fechas heroicas que jalonan la trayectoria de este pueblo. Ello se debe a que el 25 de marzo arranca directamente de la más pura tradición helénica milenaria, y en esencia nada tiene de foráneo.

Interpretan mal, pues, y perjudican el sentido de este gran movimiento liberador quienes quieren verlo como repercusión de la Revolución Francesa, lo que ya comprendió muy claramente el profundo Solomós cuando saludaba a la libertad: “Renacida de los huesos sagrados de los helenos”, reconociéndole a esta gesta un carácter netamente nacional.

Una raza superior, altiva, noble y valiente continúa su tradición heroica de la libertad y la dignidad humana, rompiendo, con una lucha sobrehumana, el yugo de la esclavitud. Renace Maratón y Salamina. Se convierte en ejemplo para todos los pueblos y crea un nuevo derecho internacional, consagrando el principio de la

nacionalidad. La Revolución Francesa fue anticlerical; en cambio, la bandera del Veintiuno la levanta un obispo y su sotana es un doble símbolo: religión y cultura-cristianismo y helenismo.

El Veintiuno, en su significación, en su gestación, en su proceso, en su trayecto y en sus consecuencias, constituye el sorprendente alzamiento universal y la lucha total de todo un mundo histórico que creó la luz espiritual de la humanidad y que, pionero y conductor luminoso, fue por miles de años el alto centro de la vida civilizada del género humano. Fue la lucha del que durante siglos dio la luz al mundo, para enderezar su fuerza, abolida por la violencia de los bárbaros, y tomar de nuevo su posición en la creación histórica. Por eso brillará con esplendor perenne por encima de todas las revoluciones de Europa, por sobre todas las luchas de los norteamericanos por su libertad, y por encima de la Revolución Francesa, por sobre todo movimiento de definición local y temporal.

De todo esto surge claramente el sentido de la Revolución de 1821. En ella se manifiesta el espíritu y su significado; emana de ella su estremecedora verdad, aquella que constituye el fermento del Milagro Griego, tal como éste se formó y existe desde hace milenios. Es la pasión del griego por la libertad, por la patria, una pasión que amamanta con la leche materna, que circula, como elemento vital, en su sangre, que está en sus células. Y con eso está escribiendo su brillante trayectoria, en el transcurso del tiempo, dando el precepto de la virtud y señalando la ruta del ideal.

Admira uno primero la resistencia de la raza. Cualquier otro pueblo se habría sometido bajo el terrible peso de cuatro siglos de esclavitud. Su ceniza, densa y asfixiante, lo habría cubierto por entero. Y, sin embargo, los griegos resistieron. ¿Por qué? Porque tenían conciencia de su razón. Muchas fueron las guerras que durante su larga historia tuvieron que afrontar, pero ni una sola ofensiva; ellos no provocaron, sino que se defendieron, y este hecho atestigua que disponen de una cualidad espiritual singular: no quieren, no conciben quitar, usurpar derechos ajenos, pero al propio tiempo no perdonan la privación de los propios. Su generosidad moral es inmensa; crearon, en axioma y grandeza, una civilización maravillosa y ni por un momento pensaron en mantenerla como exclusividad, ni por un momento en hermetismo. Al contrario, sentían satisfacción y consideraban como victoria propia su continua difusión. ¿No es esto acaso una prueba de alto

ideal y de esencia relevante? De esa superioridad tenían, pues, plena conciencia y por eso justamente resistieron. Bajo el yugo turco estaban seguros de que llegaría el momento de su triunfo. Vivían con la visión de la patria libre, con su santo anhelo, dedicados a su fe vibrante, y preparaban la emancipación.

El significado a que nos referíamos anteriormente consiste, pues, en el predominio del alma sobre el número; éste era abrumadoramente mayor, y no se trataba sólo de la magnitud del Imperio otomano; existía, además, la enemistad de una Europa coaligada bajo un temible pacto de intolerancia y reacción. En general, los signos eran contrarios a comenzar la lucha y las analogías funcionaban en forma desalentadora. Y, sin embargo, los griegos los desdeñaron, ignoraron la lógica de los equilibrios, escuchando sólo el mandamiento del deber y la voz del alma. Con esto partieron. ¿Cuántas veces, además, no se ha repetido lo mismo? ¿Cuántas veces los griegos no hicieron del alma escudo y espada de justicia? El alma griega está destinada a asombrar.

El grandioso holocausto de Misolonghi explica de la manera más plena la razón por la cual los griegos, apenas un puñado de gente, obligaron finalmente a Europa a aceptar sus derechos. Así, el significado de la Revolución de 1821 rebasa los márgenes helénicos para adquirir dimensiones ecuménicas y convertirse en lección de dignidad humana, de ética, de vigor, de consagración a los ideales, de fe en el valor de la libertad y el poder de la razón.

Estos 150 años de vida independiente han visto a la nación helénica enfrentar contratiempos tan graves como fueron su participación principal y decisiva contra Turquía en la Guerra de los Balcanes, en 1912, la primera guerra mundial, los reveses sufridos en Asia Menor, y la segunda guerra mundial, en que sus victorias sobre adversarios poderosos y la resistencia exitosa contra enemigos tanto internos como externos causaron admiración mundial. A pesar de todo esto, la nación ha hecho esfuerzos admirables por sumarse al progreso moderno y ocupar pronto en el conjunto de las naciones avanzadas la posición que le dicta su trayectoria gloriosa, la que se inicia en la remota antigüedad, prosigue en el medievo con el milenario Imperio bizantino y que retoma la Grecia contemporánea a partir de 1821, manteniendo a través de todos estos siglos y frente a circunstancias históricas diversas, una continuidad de fondo que deriva de un principio espiritual inalterable: el genio helénico inmortal.

COMMEMORATION OF THE 150TH ANNIVERSARY OF THE
HELLENIC EMANCIPATION

(March 25, 1821)

In 1971 the Greeks celebrated the 150th anniversary of the Revolution of 1821, which originated a new stage in the history of the nation. This date was commemorated by the inhabitants of Greece as well as by all those Greeks who contribute to the welfare of friendly countries.

The Revolution of 1821 was clearly nationalistic, a fact which has been very well expressed by the great poet Solomos. Essentially it welled up from the Greek passion for freedom and country.

In spite of the infamous yoke which lasted four centuries the Greeks always kept alive their aspiration towards freedom. They were barely a handful facing the powerful Ottoman Empire and the enmity of a Europe united by a pact of intolerance and reaction. Nevertheless, paying no attention to opposite signs and sombre forecasts, they began the struggle for emancipation which was won at long last.

This victory goes beyond the frontiers of Greece and acquires an ecumenical dimension; it became a lesson on human dignity, ethics, vigour, ideals, and of faith on the value of freedom and the power of reason.

In spite of serious drawbacks Greece has made a great effort during the past century and a half to occupy within the group of advanced nations the position it owes to its glorious history, begun in ancient times, continued in the Middle Ages by the thousand years of the Empire of Byzantium, and taken up anew after 1821. Throughout all these centuries, in the face of adverse historical circumstances, Greece has maintained a basic continuity which flows from an unchangeable spiritual principle: the immortal Hellenic genius.